

Entender la pandemia: aportes desde la filosofía de Luis Villoro
Understanding the pandemic: contribution since Luis Villoro's philosophy

Claudia Tame Domínguez
Benemérita Universidad Autónoma de Puebla
Puebla de Zaragoza, México

José Luis López López
Benemérita Universidad Autónoma de Puebla
Puebla de Zaragoza, México

Resumen: la irrupción de la pandemia ha trastocado las formas ya consideradas habituales de vida, la cotidianidad se ha visto transformada radicalmente y los abismos de las desigualdades sociales se han intensificado, especialmente el acceso a los servicios de salud y la inequidad económica han agravado la frágil situación en la que vive la mayoría de la población mundial. La complejidad de la situación obliga a recurrir a la filosofía para entender nuestro entorno en este conjunto de rupturas; la filosofía de Luis Villoro aporta conceptos esclarecedores, el *azoro* y la *soledad*. Ambos conceptos permiten entender la incertidumbre que enmarca la vivencia de la pandemia, pues el azoro nace de la imposibilidad de dotar de sentido a las vivencias, muchas de las cuales se relacionan con la soledad. Villoro nos invita a recuperar el sentido de comunidad y con ello, la recuperación del sentido que hoy por hoy parece perdido.

Palabras clave: Pandemia, Luis Villoro, confinamiento, azoro, soledad, valor, sentido de comunidad.

Abstract: the emergence of the pandemic has disrupted the forms already considered standard of living. Daily life has been radically transformed and the abysses of social inequalities have intensified, especially access to health services and economic inequity have aggravated the fragile situation in which the majority of the world's population lives. The complexity of the situation requires recourse to philosophy to understand our environment in this set of ruptures; the philosophy of Luis Villoro provides illuminating concepts, bewilderment (*azoro*) and loneliness. Both concepts allow us to understand the uncertainty that frames the experience of the pandemic, since the *azoro* arises from the impossibility of giving meaning to the experiences, many of which are related to loneliness. Villoro invites us to recover the sense of community and with it, the recovery of the sense that today seems lost.

Keywords: Pandemic, Luis Villoro, Lockdown, Bewilderment (*azoro*), Loneliness, Value, Sense of community.

1. Antecedentes

El pasado 27 de febrero del año 2020 fue confirmado el primer caso de Covid-19 en México. A partir de esa fecha se comenzaron a implementar diferentes medidas de prevención. Una de ellas fue la llamada cuarentena, una medida que pretendía reducir el número de contagios limitando la *libertad de tránsito* de los ciudadanos. La recomendación de la Secretaría de Salud fue: *Quédate en casa*.

Con el confinamiento en nuestros domicilios las formas de interacción social comenzaron a cambiar, nada fue lo mismo. Frente a esta metamorfosis social se vuelve necesario realizar reflexiones para entender este fenómeno conocido como pandemia, pues, más allá de su definición técnica, la experiencia subjetiva de este evento exige un análisis que intente dar cuenta de las implicaciones tanto personales como colectivas que este fenómeno suscita. Lograr este análisis es parte de la tarea de la filosofía. En efecto, la reflexión filosófica puede darnos las herramientas para el análisis de una realidad que ahora nos interpela, una realidad que nos ataca al mantenernos en un constante aislamiento.

El confinamiento no sólo ha modificado nuestra forma de vida, nos ha confrontado con una serie de situaciones que antes de este fenómeno aparecían tangencialmente en la vida cotidiana. Fenómenos como la dependencia de la tecnología o las limitaciones de los espacios habitables. En el primer caso, eso ha abierto una brecha insalvable entre quienes tienen acceso ilimitado a Internet y a dispositivos electrónicos y quienes carecen de ellos, lo que ha acentuado el aislamiento. En el caso de las casas habitación, sobre todo en las grandes ciudades, han mostrado sus limitaciones para vivir y convivir en un espacio limitado, muchas veces inhóspito, poca ventilación, ventanas que dan hacia los cubos de luz, espacios diseñados para pernoctar, pero difícilmente para habitarlos permanentemente.

La pandemia también ha mostrado de una forma descarnada la desigualdad social y la debilidad de los sistemas de salud. En todo el mundo, incluso en los llamados países desarrollados, los sistemas de salud se han desbordado y mostrado de forma lacerante sus limitaciones tanto materiales como de personal médico. El confinamiento también ha significado que muchas personas se han visto privadas de afecto físico y de cualquier sentido de comunidad. La epidemia de enfermedades mentales apenas se comienza a vislumbrar.

De esta manera, intentando entender las implicaciones subjetivas y colectivas de un acontecimiento como la pandemia, se desarrollará en el presente escrito un análisis de esta situación a través de la filosofía de Luis Villoro, pues consideramos que el filósofo mexicano nos brinda las herramientas adecuadas para llevar a cabo este proyecto. Así, para lograr nuestro objetivo, abordaremos nuestro trabajo en cuatro partes.

En la primera parte, se abordará la manifestación de la pandemia como una irrupción de lo cotidiano, la cual genera un *azoro* que nos permite reflexionar sobre estas nuevas formas de cotidianidad, donde lo que era considerado como habitual ha cambiado en esto que se conoce, al menos en nuestro país, como *nueva normalidad*. Después, caracterizaremos la soledad vivida dentro de la cuarentena como una forma de enajenación; es decir, mostraremos la manera en que la pandemia nos confronta ante una soledad constituida en la modernidad. Posteriormente, se comenzará a introducir la noción de comunidad a través del concepto de valor. En efecto, observando la valoración subjetiva de la pandemia, podemos mostrar que la falta de consistencia en el seguimiento de las medidas preventivas recomendadas, especialmente del confinamiento, se deriva de una experiencia individual que no permite entender las dimensiones completas de la gravedad de esta situación. Con ello, intentaremos demostrar en la última parte del artículo que el concepto de comunidad nos permite abordar la noción del cuidado como un fin común; es decir, el hecho de cuidarse no solo para sí mismo sino para cuidar a los demás, superando la experiencia meramente individual. Esto implicaría que tanto el seguimiento de las medidas profilácticas como el resguardo en nuestros domicilios en medida de lo posible o la implementación de la vacuna son elementos para un fin más allá de nuestra individualidad, es para un bien de toda la comunidad.

En suma, siguiendo el párrafo anterior, pretendemos mostrar de forma general que, tal como ya fue mencionado, el análisis de la pandemia no solo se entiende desde su definición técnica, sino a través del análisis filosófico podemos observar otras perspectivas de esta situación que acontece en el mundo. Así, la filosofía se posiciona como un elemento que nos ayuda a entender otros puntos de vista con respecto a la pandemia.

2. La puerta del azoro: la pandemia en la irrupción de lo cotidiano

Las actividades que realizamos día con día son muy diversas: podemos ir al supermercado a comprar comida, llamar a un buen amigo, trabajar una jornada de ocho horas o más, ver el último capítulo de aquella serie que teníamos pendiente, conducir para salir de la rutina y dirigirnos hacia una cabaña en el bosque para disfrutar de unas merecidas vacaciones, entre otras tantas actividades que no podríamos enumerar en una lista. Todo ello, puede constituir nuestra vida cotidiana. En efecto, cada día despertamos y seguimos diferentes patrones que responden a las necesidades de nuestra vida. La cantidad de actividades cotidianas son impresionantes, quedamos tan absortos en realizarlas, que no nos detenemos un momento a pensar o reflexionar las razones por las cuales hacemos tales cosas.

Al igual que una computadora, seguimos una programación que nosotros mismo nos instauramos, nos despertamos, nos arreglamos para el día, tomamos el automóvil o el transporte público y nos dirigimos hacia nuestro centro de trabajo o a cumplir alguna actividad cotidiana. En este sentido, el mundo está lleno de significado, es decir, cada elemento de nuestra cotidianidad tiene una razón de ser, quizás esta sea muy simple o incluso ni siquiera sepamos cual sea, pero no cuestionamos estos elementos porque tienen una familiaridad anclada a nuestra existencia. Juego con la pelota porque este objeto ha sido designado para cumplir tal función; que la pelota sirva para jugar es algo que no ponemos en cuestión, solo jugamos. De este modo, podemos observar que los seres humanos se encuentran en un mundo ya significado, cada cosa tiene sentido para nosotros. Por consiguiente:

No es el mundo la suma de entes ni un conglomerado de mudos objetos. Cada cosa está animada por determinados sentidos que la vinculan con las demás en un orden; pues no es ajeno al mundo el *sistema de significaciones* con que lo comprendemos. A lo largo de su historia, una comunidad va desarrollando formas de conducta, doctrinas, símbolos y fórmulas, rituales e instituciones, tácticas convenciones; todos ellos constituyen maneras de otorgar significado a las cosas y conectarlas entre sí. Cual una inmensa red, la trama de los sentidos que el hombre pone o muestra en las cosas conforma los entes hasta figurar con ellos un mundo (Villoro, 2006: 61).

Los seres humanos, en consecuencia, viven en un mundo ya establecido. Por ejemplo, se siguen diversas formas de conducta porque las convenciones morales lo han establecido así; si somos capaces de pasar de mano en mano el cambio en el transporte público sin el miedo de que una persona se robe el dinero, es porque una convención moral se ha establecido según la cual, dentro del transporte público, al pasar el dinero de mano en mano éste debe llegar necesariamente con su propietario. En este sentido, el sistema de significaciones con el que damos sentido al mundo cae en el establecimiento de una ideología fija a partir de la cual se

señala lo correcto y lo incorrecto, lo permitido y lo prohibido y otras disyuntivas propias de la vida social. Por ello, vale la pena preguntarse en qué medida dichas convenciones sociales han sido objeto de reflexión, pues de no abordar estas cuestiones, inevitablemente se caería en un dogmatismo.

Ahora bien, ¿cómo desarrollar la duda si estamos inmersos en un sentido establecido del mundo? En primera instancia, puede resultar complicado cuestionar las diferentes situaciones del mundo, pues, en un primer momento, analizamos dichas situaciones desde el sistema de significaciones con el cual comprendemos y entendemos la realidad, evaluamos las cosas como correctas e incorrectas dependiendo de los preceptos establecidos en el ya mencionado sistema de significaciones. Por tanto, parecería que no seríamos capaces de cuestionar la realidad en la que vivimos, pero esto no es así.

Múltiples situaciones pueden romper con este esquema de significados. No es sorpresa que cada uno de nosotros pueda cuestionar las diferentes situaciones presentadas en el mundo, cuando observamos una injusticia que intenta disfrazarse como una acción correcta en función de una convención social establecida, podemos comenzar a romper ese esquema de significados y aportar una crítica al mundo. Esta ruptura de situaciones, que antes no eran cuestionadas, comienza a generar en nosotros cierta duda con respecto a la forma en la cual entendíamos el mundo, En palabras de Villoro:

El plexo de significaciones que a todo dotaba de un sentido parece ahora no dar razón de las cosas; nuestra circunstancia vivida se va volviendo ajena a las comunes convicciones compartidas; éstas ya no «encajan», dejan de funcionar para nosotros, ya «no nos dicen nada»; poco a poco el mundo va desnudándose de la capa de sentidos que lo animaba (Villoro, 2006: 63).

Con ello, la realidad comienza a tornarse extraña, las situaciones en el mundo ya no son tan evidentes y comenzamos a experimentar *azoro*; esto es, una ruptura y una duda respecto al sentido del mundo.

La ruptura de lo cotidiano o de un mundo que nos parecía incuestionable no siempre aparece, en ocasiones vivir inmersos en la ingenuidad se vuelve algo complaciente. El azoro no siempre se hace patente. Sin embargo, en el año 2019 aconteció un evento histórico que pudo romper con todas y cada una de las cotidianidades del mundo, nos referimos a la pandemia causada por el virus Sars-Cov 2, causa de la enfermedad Covid-19. En efecto, con la aparición del virus y la enfermedad causada por éste, el mundo comenzó a transformarse, las cosas no

podieron continuar con su ritmo habitual. Ir al supermercado se transformó en el seguimiento de un protocolo para comprar solo los artículos esenciales, estudiar se volvió una actividad virtual desde casa. El confinamiento dejaba las calles vacías y los diferentes negocios cerrados.

Ante esta situación, la ingenuidad que volvía al mundo incuestionable no pudo continuar. La pandemia irrumpió en lo cotidiano y abrió una puerta para el azoro. Las personas comenzaban a ser conscientes de diferentes situaciones; por ejemplo, comenzó a hacerse evidente las diferencias económicas entre los estudiantes de un mismo sector, no todos contaban con Internet, por lo tanto, no todos tuvieron un acceso privilegiado a la educación. Estos matices fueron revelados, para muchas personas, a causa de la situación que atraviesa el mundo. Así, la pandemia puede convertirse en un puente hacia la reflexión de los diferentes problemas humanos a través del azoro. Se irrumpió el mundo tal como lo conocíamos, nuevas formas de cotidianidad comenzaron a instaurarse y con ello nuevos problemas comenzaron a emerger. Es tiempo de tomar el azoro en nuestras manos, de dudar y de romper con los sistemas de significaciones que ya no son capaces de dar cuenta de una realidad que nos supera. Atender cada uno de los problemas emergidos en estas nuevas formas de cotidianidad es una tarea ardua. Comencemos aquí con la soledad en el confinamiento.

3. Situación del hombre moderno, la soledad como forma de enajenación

La irrupción de nuestra cotidianidad a causa de la pandemia ocasionó, entre otras cosas, un confinamiento que transformó nuestro modo de relacionarnos con los demás. Las personas representaban un riesgo de contagio, así, el resguardo en nuestro domicilio más que una medida de prevención comenzó a gestarse como una necesidad. Sin embargo, estar dentro de nuestras casas nos reveló un azoro con respecto a nuestra soledad, comenzamos a apreciar las relaciones afectivas, uno mismo no era suficiente compañía. Con ello, la ruptura de nuestro modo de entender la soledad nos permite generar una duda y reflexionar si en efecto esta soledad es causada por el mismo hecho del confinamiento o, por el contrario, analizar si ya estábamos solos y la pandemia solo nos reveló esa condición enajenante de la soledad.

La duda, por consiguiente, proviene al comparar la forma de entender la soledad antes de que el mundo fuera azotado por la enfermedad del Covid-19, con la manera en la cual concebimos nuestra soledad en el confinamiento, es decir, durante esta pandemia. Así,

podemos observar que, dentro de la sociedad contemporánea previa a la pandemia, en las relaciones interpersonales se marcaba cierto distanciamiento en la interacción con el otro, nunca éramos transparentes, nos mediaban intereses subjetivos. “Y es que pocas veces habíamos experimentado una conciencia más punzante de nuestra soledad. El hombre de nuestro tiempo es, ante todo, un solitario, y él no hace más que reflejar el sentimiento de soledad de nuestra época” (Villoro, 2016: 27). Pero ¿de dónde proviene esta mediación de intereses en las relaciones interpersonales? ¿Cuándo comenzamos a observar a los demás como objetos útiles? ¿Cuándo se instauró el beneficio en las relaciones desinteresadas?

Para responder a las cuestiones señaladas basta mirar el magnífico texto de Luis Villoro intitulado *Soledad y comunión* (1949). En él podemos observar que con la llegada de la revolución industrial y tras el desarrollo burgués de la propiedad privada las relaciones comenzaron a cambiar. En primera instancia, la relación con la naturaleza comenzó a volverse una forma de dominación, una forma de sacar un provecho individual de los recursos naturales. El ser humano ya no se relacionaba con el cosmos, ahora pretendía explotar sus recursos. De esta manera, las personas comenzaron a ser poseedoras de diferentes bienes materiales, la individualidad se manifestaba a través de la celosa acumulación de objetos denominados *propiedades*. Como consecuencia, “nuestro hombre juzgará también al prójimo como una especie de viviente receptáculo capaz de poseer. Entre las distintas personas, se establecerá una mera relación externa de sujetos poseedores; (...) El contrato es su expresión; no hay en él participación de personas sino escisión de derechos” (Villoro, 2016: 30-31). Así, al concebirnos y mirar a los demás como sujetos poseedores, comienza una relación donde la participación por un bien común se vuelve escasa, solo nos interesa nuestros bienes individuales, ya no hay una mirada en beneficio del otro. Con ello, “el hombre moderno se ve empujado a encerrarse en sí mismo” (Villoro, 2016: 31).

La modernidad, por lo tanto, desarrolló en el ser humano un encierro de sí, una enajenación donde se pierde de vista a la persona y solo se ve al poseedor con sus propiedades. Así, la humanidad de la era moderna y su roce con nuestra sociedad contemporánea comenzó a perderse entre sus propias propiedades, objetos inanimados que representaban un valor ficticio. Pero, al verse atrapado el ser humano comenzó a observar la ambigüedad de sus supuestas posesiones, sus objetos nunca eran suficientes pues siempre faltaba algo, lo que faltaba era él mismo. Con ello, la situación se volvió en contra suya, su encierro en sus

posiciones devino en una soledad tan radical que el ser humano ya no pudo ignorar su existencia, notó: “Que únicamente cuando me conozco en soledad experimento mi originalidad, mi singularidad irreductible, la infinita distancia que separa mi existencia del modo de ser de cualquier otra realidad” (Villoro, 2006: 33). Este reconocimiento estableció dos modos de ver la soledad.

De esta manera, tenemos, por un lado, una soledad donde nos entramos ante un encierro de sí mismo, un aislamiento que pone como barreras cada una de nuestras posesiones materiales, haciéndonos ver a los demás no como personas, sino como poseedores de los cuales puedo obtener algún beneficio para acrecentar mis propiedades. Empero, este tipo de soledad deja una factura en nuestra existencia. Por otro lado, seguido la mentada factura, observamos que nos encontramos ante una soledad que nos revela nuestra condición real, un abismo donde nos cuesta comprender quienes somos, donde nos sentimos perdidos y absortos en un sinfín de bienes que nada nos dicen de nosotros, nos encontramos sin alguna orientación posible. Sin embargo, no todo está perdido, este segundo tipo de soledad también nos abre las puertas para la reflexión, podemos comenzar a pensar en torno a nuestra existencia con el objetivo de conocernos a nosotros mismos, saber quiénes somos y quiénes son los demás para mí.

Estos dos modos de ver la soledad nos permiten, por consiguiente, entablar un diálogo con la concepción de soledad propia de la pandemia. Comencemos con el primer caso; una característica de nuestra sociedad contemporánea, heredera directa de la modernidad, es la condición de enajenación del ser humano inmerso en esta sociedad neoliberalista. En efecto, nos encontramos ávidos de novedad, consumiendo para ir acrecentando nuestras propiedades, solo de uno y de nadie más. Así, al encontrarnos enajenados por los miles de productos que emergen día con día, las relaciones con los demás comienzan a verse afectadas, seguimos aislados tal como el sujeto moderno. Nos aislamos en los productos de nuestra preferencia y solo aquellos que se encuentran aislados con el mismo producto son con quienes constituimos una relación, empero, dicha relación se encuentra inevitablemente mediada por los productos mismos que consumimos. En el otro no veo su rostro, veo una persona con la cual puedo platicar de aquel producto que tanto me agrada, en este sentido, la relación con los otros sigue a la expectativa de un beneficio.

Este primer modo de entender la soledad se contrasta con una soledad que nos puede permitir romper con el ya mencionado primer modo. Por supuesto, esta soledad que nace en la modernidad y se intensifica en nuestra sociedad contemporánea es una concepción previa a la pandemia, con ello, vale la pena preguntarse cuáles son los matices que cambian a través de esta nueva modalidad de soledad que nos trajo el confinamiento a causa del virus del Covid-19. Cuando la cuarentena se instaura, el sujeto contemporáneo se encuentra absorto en las novedades del consumismo, alejado de los demás, con relaciones siempre mediadas. El confinamiento comenzó a transformar nuestras relaciones interpersonales, nos hizo descubrir que más allá de una interacción superficial con el otro, la ausencia de su afecto tiene un impacto importante en nosotros, comenzamos a repensar nuestra situación, nuestra condición en este mundo contemporáneo.

Este azoro que nos permite pensar nuestra soledad de manera diferente gracias a la pandemia, se va acoplado cada vez más con el segundo modo de entender la soledad propuesto por Villoro. En efecto, cuando el filósofo mexicano plantea que la soledad ocasiona en el ser un humano un encuentro con su existencia, podemos observar de forma análoga que durante el confinamiento las personas comenzaron a pensar cosas que antes no tenían en consideración. La presencia de los demás comenzaba a hacerse necesaria, pues las relaciones interpersonales a través de una modalidad virtual no remplazaban, de ningún modo, la interacción afectiva entre las diversas personas. Así, una preocupación genuina por los demás comenzó a emerger, la pandemia nos permitió salir de nuestro estado de enajenación donde la soledad ocasionada por la individualidad minaba nuestra existencia. La preocupación por nuestros seres queridos nos permite entender que “El acto de simpatía o amor descubre la total trascendencia de la persona respecto de sus concretos estados afectivos. El tú trasciende a sus especificaciones aparentes” (Villoro, 2016: 41). Nos encontramos ante una genuina preocupación por el otro; esto nos permite comprender la pandemia teniendo en consideración a los demás, ya no solo se piensan las situaciones a través de uno mismo, ahora se contempla al otro como parte esencial de una sociedad que se pensaba individualista.

Con el cambio de consideración, donde se resalta la importancia de los demás en nuestra propia vida, no como poseedores sino como otra persona con la cual construyo relaciones afectivas, observamos un cambio de valoración que va más allá de la subjetividad. El concepto de valor se amplía a la intersubjetividad permitiéndonos escapar de ese encierro en sí

mismo, propio de la modernidad. El valor, en consecuencia, se vuelve un elemento central para el entendimiento de una situación que no solo toca nuestras experiencias subjetivas, la pandemia es algo que nos afecta a todos y por ello debe valorarse desde el sentir comunitario.

4. Valorar la situación: la pandemia más allá de la experiencia subjetiva

Todos hemos valorado diferentes situaciones en nuestra vida. Hoy, a causa del virus Sars-Cov-2, nuestra valoración de las cosas ha cambiado de perspectiva. Antes, resultaba sencillo cancelar una reunión a un amigo, ahora, nos encontramos al pendiente del progreso en la contención de la pandemia esperando la fecha en la cual podemos reunirnos sin restricciones con aquel amigo para darle un abrazo, contarle nuestra experiencia personal en el encierro y reír como si no hubiese un mañana. El valor que damos a las cosas parece que se va modificando en un antes y un después, pero ¿Cómo explicar la caracterización del valor para entender la forma en la cual este puede desplazarse de un antes a un después? Comencemos analizando el valor desde la experiencia subjetiva de las cosas.

Cuando valoramos algo comenzamos a desarrollar una actitud afectiva hacia lo valorado, en otras palabras, empezamos a apreciar algún objeto o alguna situación de manera favorable. Por ejemplo, muchos estudiantes a medida que avanzaba su desarrollo académico a través de una modalidad a distancia, comenzaron a desarrollar una actitud afectiva hacia las clases presenciales, empezaron a apreciar las aulas y la compañía de sus compañeros. La condición desfavorable de levantarse temprano todas las mañanas para ir a la escuela con cierto desgano se transformó en una apreciación favorable. La cuestión de levantarse temprano ya no es un problema pues la posible satisfacción de volver a ver a los buenos camaradas genera una preferencia de regresar a las clases presenciales. Así, “si tengo una actitud favorable hacia una clase de objetos, los considero valiosos, lo cual comprende dos cosas: creo que tienen ciertas propiedades y ellas me causan agrado” (Villoro, 1997: 13).

En efecto, cuando tenemos una actitud favorable suponemos, continuando con nuestro ejemplo, que el regreso a las clases presenciales es la mejor opción, a pesar de que esto implique levantarse más temprano cada día de la semana. Con ello, creemos que las clases presenciales tienen ciertas propiedades como lo pueden ser: ver a los amigos, disfrutar de una clase con nuestro profesor preferido, ir a la cafetería a degustar un pequeño almuerzo y un

sinnúmero de actividades cotidianas, que antes se realizaban bajo ese automatismo mencionado líneas arriba y que hoy se alojan en la memoria bajo una nueva luz, el azoro las ha transformado.

Todas estas propiedades nos causan satisfacción pues recordamos todas nuestras relaciones afectivas con los demás dentro de nuestras instituciones educativas. Con ello, una primera caracterización del valor responde a mi experiencia subjetiva, es decir, si una situación me causa agrado porque creo que tiene las propiedades correctas para hacerlo, entonces, valoro dicha situación al establecer una actitud afectiva hacia ella, la apreciación es favorable pues me genera cierta satisfacción.

No obstante, este tipo de valoración subjetiva puede devenir en una conducta irracional de egoísmo. Durante los primeros meses del confinamiento causado por la pandemia, una conducta hizo manifiesto este egoísmo causado por una valoración sesgada en la individualidad. En diferentes lugares de nuestro país comenzó un rechazo hacia los trabajadores de la salud, pues, por una creencia muy desprovista de fundamentos, suponían que dichos trabajadores eran un gran foco de infección. De esta manera, arrojaban cloro a las enfermeras, enfermeros, doctoras y doctores cuando regresaban a casa, también, les negaban el acceso a los diferentes transportes públicos e incluso algunos trabajadores de la salud fueron agredidos físicamente. Con ello, se contabilizaron “un total de 82 agresiones contra el personal médico y estudiantes de medicina en 30 de los 32 estados del país”. (García Bermejo, 2020). Estos ataques contra el personal médico son una muestra clara de una valoración subjetiva que solo responde a una experiencia sometida al egoísmo a través de la individualidad.

Cuando valoramos un objeto o una situación solo contemplando nuestra experiencia subjetiva el resultado puede ser infortunado. Dos personas podrían discutir por horas si una película es o no entretenida: a uno de ellos le gustó, al otro no. Esta diferencia de opiniones puede conducir al esfuerzo por tratar de convencer al otro de que mi valoración de esa película es la correcta, incluso, puede llevar a una discusión más fuerte donde se involucren agresiones verbales o físicas; podemos observar este fenómeno a través de los llamados grupos fans que defienden con ahínco su valoración personal de un objeto, un artista o una situación. Ahora, en el caso de las agresiones contra el personal médico el tema del valor no queda exento. Ante una situación de inminente peligro como lo es una pandemia global, las personas pueden comenzar a valorar su vida y la de sus seres queridos por encima de la vida de los demás, es

decir, para ellos es más valiosa su propia vida que cualquier otra vida en el planeta. Esta valoración es subjetiva pues solo contempla la experiencia individual de su propia vida, no se contempla la vida y las preocupaciones de los demás. En consecuencia, si las personas suponen que sus vidas son más importantes y están por encima de la vida de los demás, entonces, reaccionarán de forma agresiva ante cualquier cosa que detecten como amenaza para su propia vida. Esta reacción, tal como lo vimos, no se hizo esperar, muchas personas agredieron al personal médico al no contemplar el daño que podrían causar en la vida de los trabajadores de la salud. Solo les importaba su propia vida. La valoración subjetiva deviene, por lo tanto, en una acción que puede comprometer el bienestar y la integridad de los demás como en el ejemplo presentado.

De esta manera, es importante pensar los alcances de nuestra valoración. En efecto, más allá de nuestra experiencia subjetiva nos encontramos viviendo en una sociedad donde interactuamos con los demás, donde las otras personas, al igual que yo, valoran diferentes cosas o situaciones. Este cruce de interacciones interpersonales nos hace preguntarnos lo siguiente: ¿cómo valorar una situación más allá de mi experiencia subjetiva? Al encontrarnos ante una crisis que nos afecta a todos es indispensable pensar en otras formas de valorar las situaciones. No puedo quedarme solo con mis concepciones subjetivas, pues, así como algunas personas justifican sus acciones ofensivas a través de una valoración subjetiva, otras pueden agredir a dichas personas y justificar esas acciones en sus propias valoraciones subjetivas. Evidentemente, esto causaría un completo caos pues no podrían existir normas de convivencia en una sociedad y; por tanto, no podría haber moral. Nadie estaría de acuerdo, pues todos evaluarían sus acciones a través de sus propias valoraciones, es decir, a través de lo que cada uno considere como bueno o correcto: “Si convertimos a cada hombre en la medida del gusto estético y de la moral, parecería que no pudiera haber, en sentido estricto, ‘ni buen gusto’ ni moralidad” (Fronzizi, 1972: 26). Por consiguiente, es importante extender la noción de valor más allá de nuestra experiencia individual y subjetiva para entender cómo valorar una situación que nos atañe a todos, tal es la pandemia causada por el virus Sars-Cov-2. Con ello, abrimos la pregunta ¿cómo hacer objetivas nuestras valoraciones?

Cuando valoramos alguna situación podemos tener en consideración a las personas con las cuales nos relacionamos, esto puede ser familia o amigos. En este sentido, cuando una persona es valiosa para nosotros procuramos su bienestar, podemos decirle: «ponte un suéter»,

«usa el cubrebocas», «no te espongas si no es necesario», etc. Con ello, observamos que nuestra valoración de una situación como la pandemia es capaz de contemplar nuestra actitud afectiva hacia algunas personas. Entonces ¿por qué no extender esa actitud hacia todo ser humano? Esta posibilidad de contemplar a los demás en nuestras valoraciones es el primer paso hacia el encuentro con valores objetivos. Ya no pensamos únicamente en nosotros y en la manera en cómo nos afectaría individualmente alguna situación, también contemplamos cómo esta situación puede afectar a los demás, llegando así al “deseo inicial para encontrar razones que permitan que nuestro comportamiento se deje guiar por lo objetivamente deseable y no sólo por lo que personalmente deseamos” (Villoro, 1997: 38).

Extender nuestra experiencia subjetiva hacia una valoración objetiva nos permite entender, por consiguiente, que existen situaciones que no sólo me involucran a mí, sino involucran a cada una de las personas de nuestra sociedad. De esta manera, ya no buscamos solamente mejorar esta situación para nuestro propio beneficio, sino actuamos en función del beneficio de los demás. Comprendemos que la pandemia no solo me afecta a mí, sino que puede afectar peor a otra persona. Así, adquirimos cierto compromiso con los demás donde cada uno de nuestros esfuerzos para salir de esta situación se encuentran motivados por una razón más profunda, la de llegar a un escenario donde todos podamos estar mejor. Con ello, nos damos cuenta de la existencia de “valores comunes a todo sujeto en un respecto preciso: en cuanto miembro de una asociación determinada. El valor común es lo deseable para el todo y para cada uno de sus elementos en cuanto vinculados entre sí.” (Villoro, 1997: 60). Salir delante de la pandemia deja de ser una actividad individual y subjetiva para convertirse en un proyecto motivado por una valoración objetiva en la cual siempre se contempla y se empatiza con los demás. Comencemos a ser una comunidad, reflexionemos sobre la pandemia desde ese sentir comunitario.

5. Cuidarse para cuidar a los demás: la pandemia frente al fin común

Pensar nuestra vida sin las relaciones interpersonales es una tarea compleja. El solipsismo solo parece plausible dentro de nuestra imaginación. Concebir un mundo donde solo existe uno mismo no tiene sentido ni en las posibilidades biológicas de supervivencia ni en el desarrollo de la vida cotidiana. Más aún, al nacer dentro de un cuerpo social nos integramos, sin saberlo,

dentro diversos conjuntos de personas con las que nos relacionamos día con día: familia, amigos, compañeros de trabajo, colegas de estudio, compatriotas de nacionalidad, etc. Nuestra cotidianidad, por consiguiente, se desarrolla a través de las relaciones con los otros. Esto nos indica que si bien un fenómeno como la pandemia causada por el virus del Sars-Cov-2 nos afecta en un plano individual, el impacto del problema trasciende hacia todo el colectivo. Así, si afectamos el cuerpo social inevitablemente hay repercusiones en la vida individual de sus integrantes.

No obstante, tal como lo observamos en el apartado anterior, muchas personas valoran un fenómeno como la pandemia solo atendiendo al impacto individual que este virus tiene dentro de su propia vida, olvidan su inevitable conexión con la comunidad y se encierran en un problema aparentemente insoluble: si olvidan que la situación de la pandemia nos afecta a todos y solo se concentran en sus repercusiones individuales, entonces, se complica llegar a una solución óptima del problema, pues este solo puede solucionarse colectivamente en un trabajo que integre la participación de los ciudadanos en la prevención de contagios, la participación del personal médico en el tratamiento de la enfermedad, la participación de los laboratorios científicos para continuar con una óptima producción de vacunas, etc. Esta colaboración es la que podrá generar una solución al gran problema que nos afecta individualmente, encerrarse en sí mismo no genera en ningún caso una solución. Con ello, se hace evidente la relevancia de la comunidad para entender la complejidad de esta situación y poder salir del encierro de sí porque, en palabras de Villoro:

Las comunidades a las que pertenecemos nos sitúan en un lugar preciso en el mundo, nos ligan a totalidades concretas en que nuestras vidas cobran un sentido que rebasa el aislamiento de la subjetividad individual. Todos nacemos y alcanzamos nuestra identidad en el seno de comunidades vividas en las que estamos insertos. Vivimos en ellas de manera natural, sin habérselo siquiera propuesto, a ellas pertenecemos en nuestra vida cotidiana. (Villoro, 1998: 37).

En consecuencia, pensar desde la comunidad se convierte en el primer paso para comprender todas las transformaciones de esta nueva normalidad y construir colectivamente una posible solución a nuestra circunstancia pandémica. No solo se trata de *quédate en casa*, tampoco de un ataque al personal médico porque alguien supone que su vida es más valiosa que la de ellos. Esta nueva normalidad nos ha ayudado desde la soledad y el encierro a entender la importancia de los demás, extrañar se convierte en un acto con el cual puedo hacer evidente mi necesidad de pertenecía a una comunidad; añoramos volver a ver a nuestros amigos, volver a reír en una

fiesta, platicar de frente con los demás, recibir clases en un aula escolar. Todas estas acciones involucran a los otros, a ese conjunto de personas que reconocemos como parte de nuestra comunidad. En este sentido, ¿cómo entender que cuidarse en tiempos de pandemia implica necesariamente cuidar a los demás?

Una comunidad expresa su compromiso con los otros a través de un sentir comunitario que entrelaza a sus diferentes integrantes. Por ejemplo, en un grupo de amigos se mantienen relaciones de aprecio o afecta hacia los demás, esto ocasiona una valoración de las personas que integran ese grupo, las consideramos importantes en nuestra vida. Esta forma de valorar a una persona cercana a nosotros expresa el primer acercamiento hacia una comunidad, pues, una vez entendiendo que nos encontramos estrechamente vinculados con los demás podemos observar que del mismo modo en que nuestras amistades son valiosas para nosotros, cada una de las personas que integran nuestra comunidad son un elemento importante en ella. Por consiguiente, el impacto que tiene la comunidad en cada uno de nosotros es crucial para nuestra formación como individuos al compartir ciertos valores o fines con los cuales vamos forjando nuestro compromiso con el mejoramiento social. Es evidente que podemos estar en desacuerdo con los ideales planteados por una comunidad, pero, para estar en desacuerdo es necesario pertenecer a una comunidad. Si nuestro punto de vista difiere y suponemos que son otros los ideales para el mejoramiento social, en ese instante ya nos encontramos contemplando a los demás desde nuestro propio sentir comunitario. Consideramos a los otros como elementos importantes no solo en nuestra vida cotidiana sino en la búsqueda de un fin común que mejore la vida de todos.

[Así] Es esa serie de pertenencias la que permite a una persona forjar su propia identidad. La imagen que tenga de sí mismo está ligada al valor que conceda a los grupos con los que se identifica. Según la identidad que elijan para sí, los distintos individuos varían en la elección de valores que orienten su vida. Pero todos suponen un valor común: justamente la capacidad de elegir, en el marco de su situación social, ciertos valores y de perseguir fines (Villoro, 1998: 92).

Ahora, para el caso concreto del Covid-19, elegir diversos valores y perseguir ciertos fines no solo responde a nuestra necesidad individual de resguardo y prevención en el contagio, va más allá de eso. Cuando valorar ciertas acciones como el seguimiento de las medidas profilácticas o la implementación de la vacuna, no nos encontramos persiguiendo un fin que solo responde a nuestro bienestar individual; todo lo contrario, valorar los diferentes métodos de prevención implica un reconocimiento del otro, en el cual yo me cuido para no contagiarme y para no

contagiar a alguien más. Esto nos dirige hacia un fin común, a saber, salir de esta crisis global en busca de un bienestar colectivo.

En conclusión, no basta pensar un fenómeno como la pandemia a partir de sus definiciones técnicas, estos meses nos han mostrado una infinidad de experiencias que se relacionan con nuestra vida individual y colectiva, los conceptos que el filósofo mexicano nos aportan una nueva perspectiva para entender los límites de una sociedad que se ha fundado en la idea de un individualismo a ultranza y que hoy muestra su facetas más desfavorecedora. Nos cuidamos para cuidar a los demás porque somos parte de una comunidad. La soledad de este confinamiento nos ayudó a comprender la importancia de los otros para el desarrollo de nuestra propia vida. La pandemia es una ruptura a nuestra cotidianidad, no ha abierto al azoro, a esa experiencia que permite entender y entendernos como humanidad, usemos esa brecha para reflexionar más allá de lo individual. Entender la pandemia es una tarea que podemos realizar desde la filosofía y, en presente trabajo, el pensamiento de Luis Villoro nos ayudó a concretar esta meta.

Referencias

- Fronzizi, R. (1972). *¿Qué son los valores? Introducción a la axiología*. FCE.
- García Bermejo, C. (12 de julio, 2020). Más de 200 médicos y enfermeras fueron atacados por el estigma asociado al virus en México. *Salud con lupa, una dosis de periodismo de calidad*. <https://saludconlupa.com/noticias/mas-de-200-medicos-y-enfermeras-fueron-atacados-por-el-estigma-asociado-al-virus-en-mexico/>
- Villoro, L. (1997). *El poder y el valor: fundamentos de una ética política*. FCE/El Colegio Nacional.
- Villoro, L. (1998). *Estado plural, pluralidad de cultural*. UNAM/Paidós.
- Villoro, L. (2006). Motivos y justificación de la actitud filosófica. En: *Páginas filosóficas* (pp. 61-77). Universidad Veracruzana.
- Villoro, L. (2016). *La significación del silencio y otros ensayos*. FCE.